

Las tres Electras

Escribe: ABELARDO FORERO BENAVIDES

Electra hizo su aparición en el Teatro Colón de Bogotá, después de dos mil cuatrocientos años. Habló en griego moderno. La mayor parte de los espectadores, naturalmente, no entendíamos el texto. Teníamos que llevar en la mente, escritos, los títulos en español. Pero el interés que nos movía a concurrir al espectáculo no tenía nada que ver con el "snobismo". Teníamos el anhelo de admirar, en actuación viva, el coro griego.

La obra de Sófocles tiene una simetría, una clásica euritmia que la diferencian de la *Orestíada* y de la posterior recreación de Eurípides. La protagonista está sola, con su amargura y su dolor, sobre los peldaños de una escalera. La acompaña simétricamente el coro. Y cada uno de los movimientos de su alma, va acompañado por los movimientos de las manos y las rítmicas voces. El coro se exalta, en los instantes culminantes, atenúa después su lírico rumor, se arrebuja, casi desaparece. En veces nos da la impresión de que esa bandada de mujeres enlutecidas, semejan lotos tristes y dormidos. Y de repente los ayes de Electra lo despiertan, sobrecoigido. Las manos, los gestos, los rostros, las melódicas palabras (no importa que sean incomprensibles) crean la atmósfera. Un grito de Electra y la réplica sinfónica de la masa coral, logra la finalidad definida por Aristóteles: nuestros afectos logran un estado de pureza.

Esa pálida heroína agobiada por la maldición de los dioses, por el frustrado amor al padre asesinado y por el rencor contra la fina y desdeñosa Clytemnestra, es una de las imágenes imborrables del escenario que cubre el tradicional telón de boca, acostumbrado a gillotinar los cantos de *Rigoletto* y los gorgoritos de *La traviata*. Es la primera vez que vemos el teatro griego, representado por griegos, rubricado musicalmente por el coro. Ya tenemos algún indicio débil para reconstruir con la imaginación el espectáculo que se ofrecía a los atenienses en el siglo V, cuando Sófocles ganaba en los concursos el macho cabrío.

Electra es uno de los personajes del teatro universal. No son muchos. Edipo, Antígona, Electra, Medea, Fedra, Hamlet, Oteló, Macbeth, Julieta. Los grandes crímenes sobrecogedores.

La tragedia, dice Aristófanes, “es reproducción imitativa de acciones esforzadas, perfectas y grandiosas, en deleitoso lenguaje. Imitación que determine entre conmiseración y terror. Los afectos adquieren con ella estado de pureza”.

Ningún crimen más atroz que el de Electra. Personifica el odio y el sentimiento de venganza en contra de la madre, que ha asesinado al padre, el ínclito vencedor de Troya. Siglos después apareció en escena un hermano de Electra, Hamlet, príncipe de Dinamarca. La sombra del padre, aparecida en la sombría explanada de Elsinor, lo incita a vengar su muerte. Pero el príncipe duda. En este caso venganza es justicia. ¿Cuándo va a vengarlo?... El drama es el drama de la duda: ser o no ser.

Electra no vacila, Es un carácter recio, implacable, la personificación del odio. Ni Esquilo, ni Sófocles, ni Eurípides, la pintaron en un solo trance de duda. Alimenta tan solo un rígido pensamiento fatal, desea cumplirlo, espera a su hermano que ha de ser el ejecutor, evoca a su padre. No hay oscilaciones psicológicas en la hija desgraciada.

Hamlet se pregunta:

“¿Seré yo un cobarde...? Es generoso que yo, el hijo de mi querido padre asesinado, a cuya venganza me empujan el cielo y el infierno, desahogue el pecho afeminado en vanas maldiciones, como una meretriz o un pillo de cocina...?”.

En Electra se han borrado hasta la raíz los sentimientos filiales en relación con Clytemnestra. Ella la vio en el momento en que hundía los puñales en el cuerpo del guerrero. Ella ha sufrido durante lentos años la humillación en el palacio de los Atridas, convertida en una esclava. Ella imagina fácilmente el tálamo paternal, manchado por Egisto. El alma de su padre se ha convertido en una deidad vengativa. Ella le exige el castigo del crimen.

Y Electra tiene su actualidad. Eugenio O. Neil, adaptó el personaje a los tiempos burgueses. El griego Cacoyanis llevó a Electra a la pantalla. “Esta es una de las obras cinematográficas más admirables de los últimos tiempos, una demostración tan elocuente en su orden como el prodigioso Macbeth de Orson Welles, de la posibilidad de transcripción de las grandes obras de teatro en el lenguaje de la imagen. El teatro es palabra antes que toda cosa. En este caso no hay adulteración ni traición al texto original. La utilización del decorado natural de las ruinas de Mycenae, mezclada a la vida rústica griega de hoy, las apariciones inolvidables de un coro, que parecía ser un grupo de jóvenes campesinas de hoy con sus ropas sombrías, el lirismo salvaje de las grandes secuencias dramáticas, todo eso hacía presente en nuestro tiempo la tragedia eterna, sin que el director de escena haya recurrido jamás al anacronismo...”.

Podemos hablar de la vigencia de Electra. No es un ser endeble, compasivo, tierno como Antígona. Es un alma fuerte, poseída de un pensamiento criminal. En su frágil humanidad se incubaba el más desgarrador de los dramas. Simboliza, muda, el odio. El odio contra la madre, que es un odio contra la naturaleza.

Los tres grandes trágicos, modelaron el carácter de Electra, de acuerdo con su temperamento y su concepción del teatro. Esquilo nos dejó su sombra fatal arrodillada frente al túmulo de Agamenón. Sófocles estableció el contraste con su alegre hermana Crisótemis. Eurípides no estuvo afortunado en la recreación de la heroína: se le ocurrió casarla. Y Electra debe ser soltera, como Hamlet, solitaria, amargada, desposada tan solo con el destino que le ordena cumplir la sentencia fatal en la casa de los Atridas.

El drama de "Las Coéforas", se desarrolla frente al sepulcro de Agamenón.

"Este sepulcro, formado por un montón de piedra que el tiempo ha revestido de hierba —dice Saint Victor— lo ha emplazado Esquilo frente al palacio, no como un elemento decorativo sino como un personaje del drama". El coro, Orestes, Electra conversan con él. La sombra se halla ahí permanente, exigiendo la venganza. Desde el fondo del sepulcro, se siente la presencia de Agamenón.

El lúgubre coro de las Coéforas avanza. Tiene su alma cargada de odio. Esa bandada fúnebre y enlutada acompaña el dolor de Electra.

"Y yo, derramando estas libaciones en honor de los muertos, te invoco a tí padre mío. Ten piedad de mí y de mi amado Orestes... Yo estoy aquí como una esclava. Que vuelva Orestes en hora feliz, yo te lo ruego. Y a mí, padre, escúchame también, haz que yo sea más honesta que mi madre y más piadosa de manos. Tal te pedimos para nosotros y para tus enemigos, que te les aparezcas como tu propio vengador. Ven, haz justicia, da muerte a tus matadores..."

Y después del reconocimiento de los hermanos, frente al túmulo, se oye una oración. Es uno de los momentos culminantes del teatro griego, en que llega a su cima la intensidad dramática. Los dos hijos postrados, hablan con su padre:

"Padre infeliz, qué te diría yo. Qué pudiera yo hacer que llegara desde este suelo a las profundas mansiones donde moras y te restituyese de las tinieblas a la luz... Mas presentes y honores se llaman aquí los lamentos".

Y la voz femenina:

"Escucha también mis lacrimosos gemidos, oh padre. Al pie de este túmulo están tus dos hijos llorándote con tristes endechas. Aquí están los dos suplicantes; los dos igualmente desterrados y acogidos a tu sepultura. ¿Qué bien habrá para ellos...? ¿Dónde irán que el mal no los asalte...? ¿Acaso no es invencible el rigor de su desdicha...?"

Y el coro corrobora el sentimiento de los hijos:

"Asoma a mi rostro la ira y el odio cruel y acerbo que se alberga en mi corazón".

El túmulo, las negras piedras, la sombra presente, las esclavas enlutadas, la hija implacable, con el alma llena de la noche, Orestes incitado por el oráculo. Todo es majestuoso. La acción es lenta. Pero se ha creado la atmósfera del terror.

Ni Sófocles, ni Eurípides eligieron mejor el escenario ni lograron esta concitación y acuerdo de todos los elementos teatrales. Ahí está presente la muerte, el destino, la idea del crimen, la venganza, estáticos e hirvientes.

Electra dibuja su carácter:

“Yo vivía en un rincón, despreciada, expuesta a todo vil trato, arrojada del hogar como un perro que muerde...”.

Orestes ha llegado, movido por la orden de un Dios, “el duelo desconsolado de un padre y la pobreza que me estrecha”. Pero no siente con la misma intensidad de Electra, el odio contra la madre. Ella lo informa y lo incita:

“Ella mutiló su cuerpo y así de maltratado, fue como le dio sepultura...”.

Y cuando ha logrado impresionar a su hermano con las dramáticas palabras, lo conmina:

“Lo que sucedió, ya lo sabes. Lo que debe suceder pregúntaselo a tu odio...”.

Y el odio respondió. Sin vacilar, Orestes asesina a Egisto. No le dice una sola palabra. Cumple la voluntad de Apolo, asociada a su voluntad.

Pero aparece Clytemnestra y se encuentra con el cadáver de su esposo y Orestes que blande la espada ensangrentada. Madre e hijo se hallan frente a frente. Se reconocen sin decirlo.

“Amas a ese hombre... pues tú yacerás con él en la misma tumba... Así no le serás infiel ni aun después de muerto”.

La hija de Tíndaro ha reconocido a Orestes, en el mismo momento en que ve en sus ojos la decisión fatídica. El hijo y el asesino.

“Detente, oh hijo. Respeta, hijo de mis entrañas, este pecho sobre el cual tantas veces te quedaste dormido, mientras mamaban tus labios le leche que te crió...”.

Esa invocación maternal paraliza el brazo de Orestes. Tiene un momento de duda. En un relámpago de la conciencia enternecida por el amor filial, queda en suspenso.

“¿Qué haré... Huiré con horror de matar a mi madre...?”.

No la odia. No ha muerto en él, del todo, la fuerza de la sangre. Hubiera podido huir. Retrocede ante el matricidio.

¿Quién lo impele...? ¿Quién vuelve a mover su brazo? ¿Quién descarta de su conciencia la duda...? ¿Quién borra el horror del crimen nefando...?.

Es su amigo Pílates, quien restablece su débil voluntad:

“Y los oráculos de Loxias...? ¿Dónde se fueron...? ¿Dónde la fe y santidad de tus juramentos...?”.

No por obra de su propia voluntad que ya ha claudicado, sino en cumplimiento del oráculo, que vuelve a darle fuerza a su brazo y ánimo al vacilante:

“Tienes razón...”.

Y dirigiéndose a Clytemnestra:

“Quiero degollarte junto a aquel hombre. En vida le preferiste a mi padre. Muere pues y duerme con él, ya que a él le amaste y aborreciste a quien debías amar...”.

En vano la madre trata de conmoverlo. En vano le recuerda que es hijo de sus entrañas. En vano le dice que el destino dispuso la muerte de Agamenón. En vano le pregunta si le parece lícito matar a su propia madre.

“No soy yo quien te mato... eres tú...”.

El oráculo creó en la mente de Orestes, la idea del crimen. El oráculo determinó, en el momento supremo, al ser recordado por Pílates, la decisión final. Orestes es un instrumento del Dios, el fiel cumplidor de una consigna. De su propia sangre no ha brotado la decisión, ni es su propio odio el que lo mueve:

“Apolo fue el principal autor de mi obra. Apolo que alentó mi audacia... Ella se hizo blanco del aborrecimiento de los dioses...”.

Electra ha desaparecido, en el drama de Esquilo. Ella ha creado el ámbito para que el crimen se ejecute. Ella personifica el odio contra la madre. Pero en el instante supremo no se vuelve a oír su voz. Ni acude en auxilio de la voluntad desfalleciente de Orestes, ni se presenta frente al cadáver de su madre extendido frente al túmulo. La responsabilidad final cae sobre la cabeza de Orestes. Contra él se mueven rabiosamente las furias:

“Las perras furiosas que vienen a vengar a mi madre... de sus ojos destila horrenda sangre. Me persiguen...”.

Orestes ha quedado abandonado, solo con sus remordimientos. Su mente está poblada de fantasmas horrendos. Tiene que huir. El coro, antes frenético, desampara al matricida:

“Que tengan buen suceso tus desventuras”.

Una vez cumplido el acto terrible, Orestes abandonado, cae en poder de las furias. En vano huye. Porque las furias las lleva dentro y lo atormentan: Has matado a tu madre... Infeliz... Has matado a tu madre...

* * *

Sófocles se encontró con el personaje ya creado. Electra ya existía. Sombria, atenazado su corazón de odio, anhelosa de la venganza.

La escena la situó en el palacio de los Atridas. Desaparece el túmulo de Agamenón. No existe en la recreación de la Electra de Sófocles, la sombra airada del padre como principal protagonista.

Sófocles crea para Electra una hermana, Crisótemis. Es hija de Agamenón y Clytemnestra. Pero es un carácter distinto al de Electra. Se establece el contrapunto.

La una —siguiendo el diseño de Esquilo— personifica la fidelidad al padre y el odio a la madre, sin una sola oscilación de su carácter. Está ahí, humillada, befada, envilecida, sin esperanza, pero interiormente tensa. El transcurso del tiempo no ha desmontado su cólera. Su alma está poblada de negras nubes. Ni la dureza de Egisto, ni el tratamiento que le da Clytemnestra la ablandan. Recorre el palacio, como una sombra, que recuerda en todo instante el crimen cometido. Ella se encarga de mantener vivo el recuerdo de ese crimen. Es la Erinnia de Clytemnestra. A toda hora está evocando, con su sola presencia hostil, la muerte trágica en el baño.

“Vivo en palacio con los mismos asesinos de mi padre. ¿Cómo crees que pasaré yo los días cuando veo a Egisto sentado en el mismo trono de mi padre... y veo que lleva los mismos vestidos que aquel, y que esparce las libaciones domésticas en el mismo sitio en que lo asesinaron...? El asesino en el mismo lecho de mi padre con la miserable de mi madre, si nombre de madre he de dar a la que con aquel duerme... Y tan tranquila convive con el genio impuro y malhechor, sin temor a ninguna maldición. Antes al contrario, como si se burlara del crimen, todos los meses, al llegar el día en que traicioneramente mató a mi padre, celebra bailes y sacrifica ovejas a los dioses tutelares... Lloro, me consumo y me lamento. Y ni siquiera me es permitido llorar hasta que mi corazón quede satisfecho; porque ella, que para hablar es bravía mujer, me injuria con estos insultos: Oh víbora maligna. ¿Solo a tí se te ha muerto el padre...? ¿No hay otras en la misma desgracia...?”.

Su hermana Crisótemis vacila entre el amor maternal y la piedad por Electra. Se da cuenta del horror del crimen. Se da cuenta de que las quejas de Electra tienen un fundamento. Pero no ha concebido contra Clytemnestra ningún rencor fatal:

“Creo que debo conformarme a navegar en la desgracia”.

Aconseja a Electra la misma conducta. Ya no hay esperanzas. Orestes está ausente.

“Yo quisiera que tú hicieras lo mismo...”.

Se ha conformado con su situación. De su corazón no brota ninguna rebeldía. Electra le dice:

“Me dices que los odias... Los aborreces solo de palabra. De obra estás muy conforme, con los asesinos del padre... Pero yo nunca jamás...”.

Nunca jamás. Es una palabra irreductible. Pueden asecharla, castigarla, envilecerla. Electra nunca perdonará a quienes traidoramente asesinaron al vencedor de Troya.

“Si no desistes de tus lamentaciones, te van a mandar a un sitio donde no verás la luz del sol y vivirás allí en tenebrosa caverna, fuera del mundo, llorando tus desdichas...”.

Crisótemis aconseja la prudencia. "El padre en estas cosas, sé que nos tiene indulgencia".

Las dos mujeres dialogan, la una temerosa, prudente, frágil, tibia. La otra decidida, inmutable, inflexible, sombría como la noche.

Sófocles enfrenta en su drama a la madre y a la hija. Las dos rivales tienen un carácter heroico. Las dos defienden su causa con energía y convicción. Las dos exponen sus razones:

"Ese tu padre a quien no cesas de llorar, fue el único entre todos los helenos que consintió en sacrificar a tu hermana a los dioses..."

"Ningún derecho tenía para matar a mi hija.

"...Habiendo matado a mi hija en vez de matar a la suya Menelao..."

"Yo no tengo remordimiento por mis actos..."

Y Electra le replica:

"No lo mataste con razón sino arrebatada por los consejos de ese hombre malvado con quien ahora vives... Pero aunque fuera como tú dices, si él queriendo servir a su hermano hubiera hecho tal cosa, ¿era preciso que por ello le mataras tú...?"

"¿Con qué derecho...? Mira que si implantas esa ley entre los mortales, decretas tu mismo castigo y arrepentimiento. Porque si con la muerte hemos de castigar a quien mata, tú morirás de primera si te alcanza la justicia... Díme, ¿por qué motivos observas ahora la conducta más vergonzosa que darse pueda, viviendo con el miserable asesino que te ayudó a matar a mi padre...?"

"¿Cómo es posible alabar tu proceder...?"

"Y ni siquiera tienes autoridad para amonestarme..."

Clytemnestra no se aflige. Amenaza a su hija con la llegada de Egisto. Sacrifica a Apolo y le hace sus ruegos:

"Deja que viva yo feliz, señora de este palacio y del cetro de los Atridas, en compañía de los seres con quienes ahora vivo dichosa y de los hijos que no me tienen rencor ni odiosa ira... Concédemelo como te lo pido..."

Y en su oración, en palabras veladas, le pide al Dios algo que su labio no se atreve a nombrar:

"Lo demás, aunque lo calle, sé bien que tú siendo genio, lo sabes todo..."

¿Por qué se equivocó Eurípides?... Porque hizo entrar en el personaje Electra, elementos que le quitan fuerza a la tragedia. La casa con un bondadoso labrador, para mostrarla como una campesina miserable, que lleva el cántaro de agua y cocina en la choza. Y al final la promete a Pílates, el fiel amigo de Orestes.

Y por una segunda razón. Muestra a Clytemnestra bien dispuesta a concurrir al llamamiento que le hace su hija con el pretexto de que va a tener un hijo. Podemos inferir que en la Reina existen, todavía vivos, los instintos maternos. No se niega a la voz de la sangre. Y la hija la engaña con ese pretexto para ultimarla. Clytemnestra sigue siendo humana y sensitiva y el ardid de Electra establece un contraste con esa noble corazonada de la infiel. La Reina cae en una trampa.

Y Egisto es presentado como un Rey hospitalario, que ofrece su corazón y su amistad a los extranjeros. No hay en él nada odioso y que mueva contra él la antipatía.

La gran fuerza trágica de la Electra de Esquilo, cargada de tácita pasión contenida y de la Electra de Sófocles, conmovedora en sus sentimientos fraternales en el desesperado diálogo ante la urna que contiene las cenizas de Orestes, radica en ese sombrío desposorio suyo con su dolor y con su odio. No piensa, ni vive, ni actúa sino en función de su consigna. Su alma gravita entre dos polos: el amor por el padre y por el hermano. Y el odio por Clytemnestra. Fuera de estos dos polos el mundo no existe para ella. No germina en su corazón amor por ningún hombre, ni aspira darle a su vida otro sentido que el de rescatar con la sangre, la sangre derramada. No vive para la ternura, la compasión, mucho menos para el matrimonio. No quiere recibir favores del amante de su madre, ni ocupa su mente en algo distinto a la imagen de Agamenón.

Es patética, pero es inhumana. La única manera como el espectador puede soportar el horror de ese crimen, que viola todas las leyes de la naturaleza y rompe los vínculos de la sangre, es mostrándola, como lo hizo Esquilo, desposeída de toda atracción carnal, con la entraña seca y estéril. No puede ser madre, porque de lo contrario no podría juzgar de esa manera a su madre. No puede ser amada por un hombre, porque tendría un motivo para reconciliarse con la existencia. No puede pensar en hijos suyos, porque le repugna la idea de ser hija de la adúltera.

Marchitada por su fuego interior, calcinada por su obsesión, ha de ser una mujer estéril. Le corresponde el más agobiador de los papeles en el teatro universal. Edipo no sabe lo que hace al contraer nupcias trágicas con Yocasta. Antígona es una sensitiva y temblorosa flor de ternura y de inocencia. Clytemnestra asesinó por amor culpable. Fedra es una víctima de Venus. La ignorancia o el amor los justifica. Electra no. Sabe lo que hace. Consciente, acaricia, cultiva sus rencores. Está dispuesta a ejecutar el más terrible de los actos, ante el cual Orestes retrocede. Y el propio coro se espanta ante el horror del crimen:

“Ay... crímenes miserables. También para el que sobrevive comienza a dar frutos la desdicha. Todos han de encontrarse con el dolor. No hay mortal que pueda asegurarse una felicidad perpetua”.

* * *